



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



# Domingo XIX Tiempo Ordinario

(ciclo B)

11 de agosto de 2024



## I. Notas exegéticas

### Reyes 19, 4-8

*Con la fuerza de aquel alimento, caminó hasta el monte de Dios*

El profeta Elías desarrolla su actividad durante los reinados de Ajab y Ocozías, es decir, hacia el 874 hasta el 852 en el reino del norte. Es un profeta itinerante, sin vinculación con algún santuario, que aparece y desaparece de forma imprevisible. En cierto modo, Elías es un nuevo Moisés y su vida repite, en parte, el itinerario de aquel gran hombre: huye al desierto, se refugia en país extranjero, realiza signos y prodigios, viaja al Horeb (Sinaí), y es testigo de la manifestación de Dios. Igual que Moisés, Elías desaparece en Transjordania. Sin duda, hay una intención de mostrar en Elías la misma grandeza que tuvo en su momento Moisés. Si el primero fue el fundador de la religión del pueblo hebreo, Elías será su mayor defensor en momentos de peligro. El profeta Elías fue una personalidad extraordinaria, de gran influencia en el pueblo, y lo salvó de olvidar a su verdadero Dios, en un momento crítico, llevando a la vida el contenido (o significado) de su propio nombre: mi Dios es Yahvé.

El problema consistía en que el rey de Israel Ajab, se había casado con una princesa fenicia muy devota del dios cananeo Baal, Jezabel. La gente, por aquel entonces, ya era bastante devota de ese dios, al que se atribuían la lluvia y las buenas cosechas. Así las cosas, por el influjo de Jezabel y la permisividad de Ajab, provocaron que Yahvé dejase de tener valor para el pueblo. A esto se opuso el profeta Elías denunciando a los reyes y matando a los profetas de Baal.





El pasaje que nos ocupa revela la intención de Jezabel de asesinar al profeta, puesto que Elías había desenmascarado la falsedad del dios Baal y había hecho pasar a espada a los sacerdotes que le servían a ese dios. Por su parte, Elías perseguido a muerte, emprende una peregrinación hacia el monte Horeb. El viaje es demasiado largo, y Elías se desea la muerte. Un ángel le ofrece una torta cocida sobre piedras; la come dos veces y con la fuerza de aquel alimento camina 40 días y 40 noches hasta el monte en el que tuvo lugar la gran revelación de Dios a Moisés.

La marcha de Elías atravesando los reinos del Norte y del Sur y luego trasegando por el desierto, no es tanto un desplazamiento a través de una geografía, cuanto un símbolo de la existencia humana que pasa por una serie de altibajos, bien reflejados en las actitudes y sentimientos que se suceden en el ánimo de Elías, a lo largo del camino: miedo, tedio, hastío, hambre, desesperación, conciencia de culpabilidad, y al final, fortalecido con el alimento y la bebida, el caminar ilusionado y decidido hasta el monte donde Dios se le va a revelar.

### **Salmo 33**

#### *Gusten y vean qué bueno es el Señor*

Este salmo se escribió después del exilio (s. III-II), en el tiempo en el que el judaísmo se estableció y definió como la religión oficial, en torno a la ciudad de Jerusalén y su templo, cuando se desarrolló el culto y la comprensión de la ley como la voluntad de Dios, se buscó la santidad y se reconoció a Dios como protector del pueblo.

El salmo es el reflejo de la piedad de un grupo de sacerdotes y levitas que se entregan plenamente a Dios, desde su moralidad personal y social, en su situación de pobreza y opresión. Comienza con un salmista que proclama en público su programa de vida “bendeciré a Yahvé en todo momento”, con el deseo que todos los que le escuchan puedan compartir con él este proyecto de vida y esa bendición de Dios que se convierte en bienaventuranza.

En esta plegaria, los protagonistas son los pobres y el salmista les pide que se alegren con él, “Proclamen conmigo la grandeza del Señor, ensalcemos juntos su nombre”; pues aun cuando viven situación de marginación, de exilio y están amenazados por naciones poderosas, han escuchado la llamada de Dios y lo buscan esperando su respuesta como su mayor riqueza y plenitud de vida.





El salmista invita a los pobres a descubrir a Dios en sus obras (“contémplo y quedarán radiantes”), en la creación y en la salvación que ha obrado en ellos (“Si el afligido invoca al Señor, él lo escuchó y lo salvó de sus angustias”). E invita a los pobres a saberse dichosos “bienaventurados”, poniendo sus vidas en manos de la misericordia de Yahvé habitando en el interior de su bondad: “gusten y vean que bueno es el Señor”. Ellos, los pobres, saborean a Dios como dulzura personal.

### **Efesios 4, 30-5, 2**

#### *Vivan en el amor como Cristo*

La carta a los Efesios era una carta circular destinada a ser leída en las comunidades que vivían su fe en ciudades de Asia menor. Su autor escribe para los paganos que se han hecho cristianos y que pertenecen a la segunda generación entre el año 70 y 110 d. C., personas cuya mentalidad es urbana propia de ciudades grecorromana o sociedades agrarias avanzadas; como son de origen no judío no conocen el antiguo testamento ni la alianza de Dios con Israel, situación que en ocasiones creaba conflicto con los judeocristianos. Por tal razón, el autor pretende, con lenguaje conciliador, desarrollar una teología de la reconciliación, que permita la unión de los pueblos separados judíos y no judíos, en virtud de la sangre de Cristo, mediante la cual Dios se hizo un solo cuerpo, que es la iglesia, bajo la única cabeza que es Cristo.

El pasaje que nos ocupa hoy se ha de comprender desde la experiencia de liberación del pueblo de Israel al salir de Egipto. Se cuenta en el libro del éxodo que, en la noche de Pascua, los israelitas mojaron con la sangre del cordero el dintel de las dos jambas de la puerta de la casa para que el ángel del Señor, al castigar a los egipcios, pasara de largo ante las casas de los israelitas. Esta costumbre se remonta a los pastores que, al comienzo de la primavera, sacrificaban un cordero y juntaban con su sangre los palos de la tienda para preservar al ganado de los malos espíritus y garantizar una feliz trashumancia.

El autor de la carta a los Efesios recoge la misma imagen y la aplica al Espíritu Santo que nos ha marcado con su sello para distinguirnos el día final de la liberación. Y añade una serie de consejos para vivir esa unidad en la que ha insistido durante el desarrollo de su carta.





## Juan 6, 41-51

### *Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo*

El domingo pasado, Jesús ofrecía un pan infinitamente superior al del milagro de la multiplicación. Ese pan es él que ha bajado del cielo: “Yo soy el pan de vida, el que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás”. El evangelio que nos ocupa en esta oportunidad comienza con la reacción que tienen los judíos ante semejante afirmación que había hecho Jesús: ¿cómo puede haber bajado del cielo un hombre al que conocen desde niño, de quien conocen a su padre y a su madre?

Jesús no responde directamente a esta pregunta, pero va al problema de fondo: si los judíos no aceptan que ha bajado del cielo es porque no creen en él y, si no creen en él, es porque el Padre Celestial no los ha llevado hasta Jesús. Esta afirmación tan radical sugiere que todo depende del Padre Celestial: sólo los que el Padre acerca a Jesús creerán en él.

Para argumentar esta afirmación añade: “Dios instruye a todos, pero no todos quieren aprender”; sólo el que acepta su enseñanza viene a Jesús, lo acepta y cree que ha bajado del cielo. Ningún judío puede echarle a Dios la culpa de no creer en Jesús, pues Dios les ha instruido.

Es importante descubrir que, en este relato del evangelio de Juan, se cree en Jesús, se llega a la fe en él por la acción directa del Padre. Normalmente pensamos lo contrario: es Jesús quien nos lleva al Padre, siguiendo estas palabras: “Yo soy el camino y la verdad y la vida, nadie va al Padre sino por mí”; aquí se advierte, como en todo en el evangelio de Juan, la acción recíproca del Padre y de Jesús. Resumiendo: Jesús conduce al Padre y a su vez el Padre lleva a la fe en Jesús.

Después de abordar el tema de la fe en él, Jesús contrapone el maná con el verdadero pan del cielo, afirmando que el maná que Dios dio a “sus padres” no era el verdadero pan del cielo, puesto que ellos murieron, mientras que el Pan que él les está ofreciendo (que es él mismo), quien lo coma, no morirá para siempre. Jesús es el verdadero “Pan de la vida”; el maná que comieron los israelitas en el desierto sólo era figura de verdadero Pan que es Jesús.





## II. Pistas homiléticas

- Dios a través del ángel da a Elías el alimento que le capacita para la tarea que se la ha encomendado: llegar al monte del Señor, el Horeb. De la misma forma, Dios provee su alimento a los cristianos, esto es: la Palabra proclamada en la asamblea litúrgica y la participación en el banquete de la Eucaristía, donde se come y se bebe a Jesucristo. Hoy la tarea no es una travesía imposible a través del desierto sino la misión de dar testimonio de vida, de palabra y de obra, dando razones para vivir la esperanza en medio de las situaciones de dolor y de sufrimiento que enfrentamos día a día.
- Con el salmista, gustamos qué bueno es el Señor, refiriéndonos a la plenitud de vida que experimenta el creyente cuando asume su realidad desde su fe en Cristo. No es que la fe lo arregle todo, pero sí da la perspectiva de vida que permite dar sentido a cada momento, ya sea de dolor o de gozo, cuando lo asumimos como oportunidad de ser fieles a la voluntad de Dios.
- El autor de la carta a los Efesios nos da algunas pautas prácticas para asumir con sentido cristiano nuestra vida comunitaria, ya sea la vida en pareja, ya sea con los hijos cuando les estamos criando o la convivencia con nuestros padres, y con seguridad las relaciones laborales, ya que en los respectivos trabajos que desarrollamos para ganar el sustento diario, pasamos quizás más tiempo del que disfrutamos en familia. En estos lugares se nos invita a ser serenos, evitando todo tipo de amargura, ira, o enfado. Incluso, se nos pide que seamos capaces de perdonar las ofensas. De lo que se trata finalmente es de llevar un estilo de vida lo más semejante posible al de Jesús Nuestro Salvador.
- En el evangelio comprendemos que nuestra participación en la Santa Eucaristía trasciende los límites de la condición humana, pues en ella recibimos el alimento que nos conduce a la vida eterna. En ella recibimos la fuerza, no sólo para esta vida, sino que además nos garantiza llegar al banquete celestial, donde lo que vivimos ahora en figura, lo viviremos en plenitud.





### III. Subsidio litúrgico

#### Monición de entrada

La Eucaristía dominical es esperada por el cristiano como aliciente para el camino de la vida. El Señor nos llama a vivir la celebración de la Misa con alegría y con la esperanza de que Él nos traerá todo cuanto necesitamos para vivir su santa voluntad y gozar de verdadera paz. Participemos con ánimo agradecido.

#### Monición a las lecturas

Nuestra vida cotidiana puede sorprendernos con dificultades y sin las fuerzas suficientes para afrontarlas. Pero el Señor siempre está atento para darnos su Espíritu, con todo cuanto sea necesario, para avanzar con ánimo en el cumplimiento de su voluntad. Escuchemos.





## Oración de fieles

**Presidente:** Elevemos nuestras súplicas al Padre misericordioso y confiadamente digamos:

**R: / Oh Señor, escucha y ten piedad**

1. Da fuerza, salud a nuestros pastores, al papa Francisco y a todos los obispos que, entregando la vida por la evangelización, necesitan de tu Espíritu Santo para seguir guiando al pueblo fiel hacia la vida de la gracia.
2. Da sabiduría y discernimiento a los gobernantes de nuestro país, que con la asistencia de tu Espíritu tomen decisiones que promuevan la concordia y la justicia social.
3. Concede a nuestras familias generosidad para promover en los jóvenes la respuesta vocacional hacia la vida sacerdotal y religiosa, para bien de la Iglesia y del mundo entero.
4. Da consolación y paz a los enfermos y a todos los que sufren por cualquier causa; que encuentren en la Iglesia tu mano misericordiosa que se extiende con generosidad hacia quien tiene necesidad.
5. Todos los que estamos en esta celebración rogamos a tu misericordia la gracia de ver saciadas nuestras necesidades al comer tu cuerpo y tu sangre sacramentados.

**Presidente:** Te damos gracias, Padre eterno, porque nos das en tu Hijo Jesucristo el pan que da la vida en plenitud, él que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

